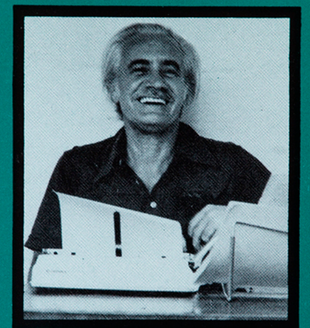
Lados A y B: Poemas de amor (selección)

TOMÁS SEGOVIA
Poemas de amor
Voz del autor

VVM-76
(c) UNAM, 1992

TOMÁS SEGOVIA
Poemas

Voz Viva de México
DIFUSION
CULTURAL
UNAM



TOMÁS SEGOVIA

Voz Viva de México

DIFUSION CULTURAL UNAM
LITERATURA

TOMÁS SEGOVIA

por Jaime Moreno Villarreal

Para quien ha escuchado a un poeta conversar o leer en voz alta y guarda buena memoria de su voz, existe una manera alterna de leerlo: ya no siguiendo el curso de una sola letra en el papel sino imaginando su pronunciación de autor. Todo lector de poesía conoce los beneficios de enunciar el poema. No me refiero exclusivamente a decirlo en voz alta, sino a que -a diferencia de la prosa- es inútil pasar meramente los ojos por encima de la poesía, los versos tienen que atravesar el aparato fonador para ser comprendidos, aunque no se pronuncie un solo sonido. El poema leído se habla mudamente, pasa por la lengua, se respira. Leer poesía es ante todo ponerse en situación de enunciar el poema sin engolamientos, de dejar que el verbo pase y salga de uno. Si esta situación se pierde, no hay verdadera lectura. Creo que esta es la mejor manera tanto de entender un poema como de entender qué es un poema.

Conozco la voz de Tomás Segovia, la puedo tener en mente cuando leo su poesía. Puedo captar ciertas intenciones precisas del ritmo y de la composición si hago hablar imaginariamente al texto con la voz de origen; pero de inmediato comprendo la virtualidad de esa voz: lo que le da sentido al poema es su silencio, su forma cóncava y dispuesta, la voz intacta que se encarna en la lectura.

Por lo demás, en una grabación sonora, donde la voz del poeta, rica por su jugo y por la experiencia directa, se entrega a la lectura en voz alta, esta virtualidad no es menos aparente. El poema está ahí con una voz sobrepuesta, el poeta pierde toda autoridad en la lectura del poema, él no lo lee para establecer el modo en que deba decirse o comprenderse; su voz es sólo un suplemento de proximidad, algo que puede ser estremecedor o decepcionante. La poesía pierde todo título de propiedad al disolverse en las voces interiores de sus lectores. Pero escuchar la voz de Tomás Segovia leyendo lo suyo es ocasión de recobrar parte de la dimensión oral que la poesía ha ido perdiendo. Extraño privilegio, la lectura en común y la atención auditiva se ejercen en la intimidad con una voz que, como sea, es sustancialmente ajena: el poema no la necesita, pero a los oyentes nos reintegra una antigua pertenencia.

Durante este siglo, la poesía se ha ido reduciendo a palabras solas sobre el papel, como nunca antes en la historia. Hoy nos sorprende encontrarnos con alguien que aún recita largas versadas de memoria, y no estamos dispuestos a soportar la declamación bajo ningún pretexto. Pedimos que el poema tenga como solo soporte la página limpia y, fuera de la lectura pública del autor, consideramos que se está mejor en soledad con la poesía.

La buena memoria de nuestros abuelos para con sus poetas se explica en parte por las funciones de que gozaba la poesía en la vida común, y que han ido desapareciendo o transformándose. La escuela, la familia, la religión, las costumbres, la vida pública y amorosa distribuían espacios que la poesía actual raramente posee: el poema se memorizaba, se transmitía entre pares y entre generaciones, se dictaba para enseñar a escribir y para ilustrar la gramática, se copiaba de mano en mano para guardarlo en el diario o para obsequiarlo, se imitaba en versos escritos para la ocasión, se recitaba en la casa propia y en la del vecino, se leía en voz alta cuando aparecía en el periódico para que los demás se enteraran. Todas éstas son formas de distribución que hoy han sido borradas o suplidas por la sola página impresa. No es que la poesía de antaño fuera más fácil, accesible o popular: formaba parte de una cultura oral y escrita que ya no es la nuestra. Si nuestra memoria no cuenta ya con esa memorización, acaso la repetición fatigosa de las canciones de moda en la radio suple en la imaginación y en la vida las historias y poemas de otro tiempo. Una de las consecuencias de este cambio es el olvido del carácter fundamentalmente oral de la poesía, que nos hace confundirla como un género puramente escrito. Cosa curiosa, la gran poesía de este siglo parece ser la encargada de recordarnos cómo suena la escritura.

Hay que reconocer que la poesía ha hallado otros espacios de vida, otras prácticas y otras instituciones. Para mí, una lo fue el seminario de El Colegio de México donde una tarde a la semana escuché a Tomás Segovia hablar de poesía; y darle otro modo de vida civil. Espacio de coloquio y discusión, el seminario no era ajeno a su poética. En la poesía de Tomás Segovia se hallan numerosas marcas que conforman un horizonte oral. Las dedicatorias, que abundan, son apenas señales exteriores de lo que dentro del poema es un sostenido intercambio, donde el poeta se guía por el oído. La poesía es un arte de la escucha, Segovia se encabalga sobre el coloquio, ahí inventa; muchas veces, escribe el poema a partir de una conversación o a modo de comentario de algo que se dijo. Si el poema no lleva un destinatario preciso, no importa; la segunda persona suele aparecer como instancia que sostiene, si no el diálogo, la apelación, de modo que esta poesía está siempre en situación de intercambio; incluso cuando enuncia en primera persona, Segovia suele preferir el plural, como para vencer cierta tentación de enseñorearse sobre su propia

voz. El modo impersonal es más raro, pero en todo caso lo usa para resonar en el lector, sin omnisciencia, en común, frecuentemente haciendo vacilar el yo, poniéndolo en duda. Quienes asistíamos a su seminario, apreciábamos sobre todo su voz sobrepuesta y triunfadora sobre la institución profesoral.

Que el oído guía a la poesía es algo que se esclarece en la mala poesía que, o carece de sonoridad, o es de plano orejera y se va con lo que oye. El poeta debe saber leer y leerse, prueba la voz del poema en su lectura; leyéndose se rehila con la lengua, de modo que la lectura de un poema es, al mismo tiempo que un acto de habla, un verdadero acto de lengua. Cuando escuchamos un poema y hacemos caso omiso de la voz que lo pronuncia, estamos escuchando la lengua. A veces Tomás Segovia logra ese efecto en la conversación: colocarse por encima de su voz. Él es alguien que atiende todo el tiempo a las relaciones sistemáticas entre palabras, conceptos, sentidos, sonidos. En la vida diaria, funda su habilidad de conversador en un estar pendiente de lo que se dice. Ninguna modestia, Segovia impone un discurso. Su enunciación atiende a un principio de despliegue, como en una entrevista que no se saciara del otro, porque sólo en él se expresa. Y de repente, la conversación sucede como si no requiriera de hablantes.

Yo, que he oído a Tomás Segovia leer y conversar, puedo hacer caso omiso de esa voz cálida y ronca suya, cuyos armónicos me suenan a tabaco, taza de café y tarde de entre-semana. Para leer cualquier poema suyo basta desde luego ponerse en situación de enunciarlo. Pero una vez que se conoce la voz del poeta, como puede conocerse públicamente a través de esta grabación, se puede intentar volver a toda la obra a través de este principio, con la conciencia de que la voz no surtirá al lector más que un poco de proximidad, algo de entrañable.

Así que para contribuir a dar cuerpo, a enriquecer -si cabe- el grano de la voz de Tomás Segovia en este volumen de Voz Viva de México, quisiera recuperar ciertos rasgos del hilo que seguí durante tardes enteras en ese seminario que oscilaba entre hablar de

zaba, que enseñaba a tutear las dificultades. Sobre todo eso: nada era fácil, había que sortear toda claridad, toda superficie, toda primera apariencia; entonces, nada resultaba sustancialmente impenetrable.

A Segovia la voz se le ahondaba, subía a lo más dulce, se iba adelgazando y, efectivamente, había un tono ronco, un poco filoso, un poco adormecedor y lastimado que aguzaba el oído y lo hendía; sin esa herida que le salía del tronco no sabría cómo se me pudo grabar tanto su astucia agonística, la oblicuidad de su inteligencia. Segovia se ocupaba particularmente de pronunciar las palabras a su gusto, le deleitaba escuchar que se le escuchaba y cierta felicidad en su rostro delataba cuánto se sorprendía de llegar a donde llegaba. Siempre esa voz, dulce y áspera a la vez, de su pecho enronquecido.

Un día, Tomás nos anunció que, por prescripción médica, tendría que dejar de fumar. Yo me pregunté si eso le afectaría la voz. Dejó de fumar, pero volvió al poco tiempo. En mi memoria, "De mi ronco pecho" tuvo un desenlace grave. Recuerdo la

zaba, que enseñaba a tutear las dificultades. Sobre todo eso: nada era fácil, había que sortear toda claridad, toda superficie, toda primera apariencia; entonces, nada resultaba sustancialmente impenetrable.

A Segovia la voz se le ahondaba, subía a lo más dulce, se iba adelgazando y, efectivamente, había un tono ronco, un poco filoso, un poco adormecedor y lastimado que aguzaba el oído y lo hendía; sin esa herida que le salía del tronco no sabría cómo se me pudo grabar tanto su astucia agonística, la oblicuidad de su inteligencia. Segovia se ocupaba particularmente de pronunciar las palabras a su gusto, le deleitaba escuchar que se le escuchaba y cierta felicidad en su rostro delataba cuánto se sorprendía de llegar a donde llegaba. Siempre esa voz, dulce y áspera a la vez, de su pecho enronquecido.

Un día, Tomás nos anunció que, por prescripción médica, tendría que dejar de fumar. Yo me pregunté si eso le afectaría la voz. Dejó de fumar, pero volvió al poco tiempo. En mi memoria, "De mi ronco pecho" tuvo un desenlace grave. Recuerdo la

tarde en que algunos miembros del seminario fuimos a visitar a Tomás que convalecía, recién operado, en su casa. El poeta nos mostró la cicatriz quirúrgica en su pecho. Para quien escuche en esta grabación por primera vez a Tomás Segovia, quede la seguridad de que su voz ha sido vulnerada y cauterizada por el diálogo.

Edición en casete de Tomás Segovia,
Voz Viva de México, UNAM, 1992.

Fotografías: Silvia González de León
Diseño: Hugo Álvarez Ravelo
Cuidó la edición: Elva Macías

Coordinación de Difusión Cultural/
Dirección de Literatura/Voz Viva.